

ESPAÑA ARTÍSTICA.



La Iglesia catedral de San Pedro de Córdoba.

En el sitio donde los Cristianos habían sepultado los venerables cuerpos de los mártires Fausto, Januario y Marcial que perecieron en la persecucion de Diocleciano por los años de 305, así que cesaron las persecuciones, y gozó la iglesia de paz, fue erigido un templo con la advocacion de estos mártires, que se nombró de los Tres Santos. *Basilica sanctorum trium*. Pequeño en sus primeros tiempos, se reedificó en el de los Godos, labrándose de fuerte argamasa toda la parte septentrional, y fue uno de los que los Arabes permitieron á los Cristianos de la ajerquia ó parte baja de la ciudad, y su torre una de las mandadas desmochar por el rey Mahomad cuando ordenó que se asolasen y destruyesen las iglesias nuevamente edificadas en Córdoba, y se demoliese lo añadido y re-

formado en las que ya existian. Algunos, por ciertos indicios y la celebridad de este templo, han pretendido que fué la antigua catedral, opinion que carece de fundamento, pues no tenian entonces los obispos residencia fija en iglesia alguna, y solo asistian donde era necesario el ejercicio de su ministerio para bien de los fieles, dado que si alguna lo hubiese sido, sin duda ninguna lo hubiera merecido con mas justo titulo que la de los tres santos.

Hubo en esta basilica no solo congregacion de clérigos seculares destinados al servicio de la administracion de los sacramentos, que tenian á su cargo la enseñanza de los jóvenes que se dedicaban al estado eclesiástico, formando como seminario, sino tambien comunidad de monjes, cuyo ministerio se reducía al

coro y servicio interior de la iglesia guardando clausura, como San Eulogio lo dá á entender claramente en sus obras. De esta basilica salieron para el martirio los Santos Gumersindo y Siervo de Dios que recibieron la corona en 19 de Enero de 852.

Conquistada Córdoba en 1236, fue destinada para iglesia parroquial dedicándola al Apostol San Pedro por haberse restaurado la ciudad en su día 29 de Junio, y despues ampliada en 1262.

En la torre de esta iglesia se colocó la imágen de San Rafael, acaso ya en 1278, á consecuencia de la aparicion de este Arcangel al V. Simon de Sousa en tiempo que la ciudad sufría los efectos de una terrible peste, desde cuya época data la tan sabida devoción de los cordobeses á San Rafael. La imágen que al presente se ve en esta torre, que es de plomo, se puso en 1637, quitando la antigua que tal vez seria la misma que se colocó en 1278.

Por los años de 1542 mandó reparar esta iglesia el Obispo D. Leopoldo de Austria, en cuya ocasion se sacaron de cimientto ocho pilares de diez que tiene, los cuales arrancaban de la superficie de la tierra sin profundizar, lo que causó admiracion á los obreros que en ella trabajaban. En este tiempo se construyó la portada, cuyo grabado va al frente de este artículo, en la que se conservó la antigua forma, aunque enriqueciéndola con adornos, como se echa de ver en los pilares que se elevan á los lados de la portada y esquina de las naves laterales, segun el estilo gótico á que corresponde el edificio.

Hasta la mitad del siglo XVI permanecieron colgados de la bóveda de la capilla mayor seis sombreros de obispos, uno de ellos de D. Gomez de Villaseca, natural de Córdoba. El coro tuvo sillas altas y bajas hasta cerca del año 1556 en que el citado Obispo Don Leopoldo de Austria las mandó quitar con el fin de evitar ciertas competencias que sobre los asientos habian ocurrido entre varios caballeros, de que resultó la muerte de uno de ellos.

La Universidad de beneficiados de Córdoba, que tuvo principio en 1244 como consta de bula espedita en Leon por Inocencio IV, conserva su archivo en esta parroquia, y en ella fue fundada la congregacion de clérigos con la advocacion de San Pedro por bula de Paulo V en 1615.

La puerta de la parte del N. se llama de Santa Brígida, y la del S. de Santa Ana, sin duda por haber tenido inmediatos altares ó imágenes de estas Santas. En la nave de aquel lado se encontraban en lo antiguo dos pinturas, una que representaba á San Ildefonso y otra la Asuncion de Ntra. Sra., hecha en 1204. Tambien habia un cuadro bastante antiguo, como del año 1480, en la capilla de Ntra. Sra. de los Angeles que representaba á San Cristóval, mas ya ni el cuadro ni la capilla existen.

El retablo del altar mayor, obra de principios del siglo XVI, fue quitado en el siguiente para colocar otro de talla dorada que es un embrollo ridículo; y si se exceptua el del altar de Animas, que es de buena arquitectura, donde se ve un crucifijo, cuadro esti-

mable de D. Antonio Monroy, no se encuentra objeto que merezca la atencion de los curiosos é inteligentes.

Una de las capillas que tiene esta iglesia es la llamada de los Santos Mártires, por venerarse en ella las reliquias de algunos de los que en las persecuciones romanas y arábicas padecieron en esta ciudad, las cuales habian permanecido ocultas desde el siglo XII hasta el año 1575.

Cuando en 1124 se presentó el rey D. Alonso de Aragon delante de Córdoba con poderoso ejército, trataron los cristianos muzárabes de desamparar su patria y salir de la opresion en que gemian, pasándose al ejército cristiano; muchos al fin no se resolvieron á dejar sus hogares, pero lo ejecutaron hasta diez mil familias, que fueron recibidas del Rey con gran benevolencia, y les concedió grandes privilegios. Cuidadosos empero los Muzárabes de no dejar espuestas al ultrage de los Arabes las reliquias de los Santos Mártires, acordaron esconderlas de forma que pudiesen ser halladas en adelante. Para esto hicieron una profunda zanja dentro de la iglesia de los Tres Santos, y labraron un sepulcro de piedra de silleria menuda, y á el trajeron las reliquias que estaban repartidas en las demas basilicas; las reunieron allí, y sobre la cubierta del sepulcro colocaron un trozo de columna que encajaba exactamente en un agujero ó pequeña abertura que dejaron en el sepulcro, y en dicho trozo escribieron:

SANCTORUM MARTYRUM CHRISTI JESU FAUSTI
IANUARIJ MARTIALIS ZOILI ET ACISCLI

y algunas letras mas que ya no pueden leerse, y lo cubrieron con el pavimento. Irritados los Moros con la fuga de tan crecido número de Cristianos, descargaron su furor contra los que habian quedado de tal modo que llegaron casi á destruir la cristiandad cordobesa. Entre ella permaneció una tradicion confusa de haber un sepulcro oculto en la iglesia de los Tres Santos, que se comunicó á los que se establecieron en Córdoba despues de su conquista, y se extendió y perpetuó en algunos escritos que se han perdido.

Por los años de 1280, en la terrible peste que se padeció en Córdoba, hacian profundas sepulturas en las iglesias para enterrar los cadáveres, y haciendo una en este templo fue hallado el trozo de columna, sacado de su sitio y arrimado á la pared, sin que hubiese á la sazón quien observase y leyese sus letras. Terminada la peste, lo vieron y leyeron el rótulo; pero ignoraban el sitio de donde habia venido. Finalmente despues de haber estado en varios sitios, fue á parar á un corral del Monasterio de los Mártires donde permaneció cubierto de tierra.

Habíanse hecho varias diligencias para hallar las reliquias por los Obispos D. Alonso Manrique y Don Fray Juan de Toledo, y por el primer Marqués de Priego D. Pedro Fernandez de Córdoba, pero sin suceso alguno, porque temian profundizar, no se resintiesen los cimientos de la torre. Mas llegó tiempo en

que, siendo necesario reparar un arco que está casi encima del sitio donde estaba el sepulcro, fue necesario poner puntales para reparar la ruina que pudiese temerse; pero como la tierra movediza de las sepulturas no ofrecía apoyo seguro á los puntales, se hizo una profunda zanja para buscar tierra firme. Formóse esta zanja junto á donde estaba el sepulcro, y fue hallado este, teniendo en el agujero de donde fue arancado el trozo de columna unas canillas atravesadas, en el día lunes 21 de Noviembre de 1575. Fue grande el concurso de gente que acudió á presenciar esta novedad, y para que no se estragesen algunos huesos, quedó custodiando las reliquias el Veinticuatro D. Luis de Cárdenas, cuya autoridad no fue bastante á impedir del todo los robos.

Destinóse un día para el exámen y reconocimiento de los huesos, y para ello asistió el Obispo acompañado de varias personas notables del cabildo, órdenes religiosas y ciudad, y los médicos de mas crédito; y examinados, hallaron nueve cabezas enteras y partes de otras nueve, por lo que declararon que había lo menos diez y ocho cuerpos; empero realmente son veinte cuatro, pues había reliquias en el sepulcro, y no las cabezas, de los Santos Acisclo, Victoria, Zoilo, Felix, Sabigoto y Agapito. Recibió el Obispo informaciones de personas doctas y virtuosas sobre la tradición referida, pero el monumento del trozo de columna vino á disipar toda duda. Hernando de Escobar y Pedro Clavijo, beneficiados ancianos de la iglesia de San Pedro, luego que se descubrió el sepulcro se acordaron de haber oído decir que un monje del monasterio de los Mártires se había llevado el marmolito que tenía escritos los nombres de los Santos, y andaba rodando en la iglesia. Con este noticia se acudió al dicho monasterio; despues de muchas diligencias inútiles lo hallaron junto al lavadero, pero con las letras muy llenas de tierra. Hízose cargo de limpiarlo el lector jubilado Sousa, religioso de la órden de San Francisco, y al fin pudo leerse del modo que se ha referido. Probaron á colocarlo en el agujero del sepulcro, y al ver la perfeccion con que se adaptaba la figura del mármol á la concavidad, no se pudo dudar que había sido labrada espresamente para ocupar aquel sitio. El Obispo, examinados todos los informes y circunstancias con la madurez debida, decidió en 13 de Setiembre de 1518 que los huesos recién hallados eran reliquias de Santos, por lo que merecian culto y adoracion; pero que para mayor seguridad, y en cumplimiento de los decretos del concilio Tridentino, no se espusiesen á la veneracion pública hasta remitir la causa á Su Santidad. Remitióse en efecto, y el Pontífice la mandó al Concilio provincial de Toledo, que entonces se celebraba, el cual declaró por decreto espedido en aquella ciudad á 22 de Enero de 1583, que las reliquias halladas en la iglesia de San Pedro de Córdoba son de verdaderos Santos, y que merecen pública veneracion, por lo que daban licencia para que como tales fuesen adoradas. Pero como en Carrion se demuestran los cuerpos de San Zoilo y San Felix, en Tolosa y otras partes in-

signes reliquias de San Acisclo y su hermana, dispuso el Concilio que de este decreto no se infriese eran falsas estas reliquias, ú otras que por tales hubiesen sido tenidas y veneradas.

Los nombres de los Santos Mártires son estos: Faustó, Januario, Marcial, Sabigoto, Argentea, Zoilo, Felix, Pablo, Teodomiro, Leovigildo, Cristoval, Agapito, Acisclo, Victoria, Perfecto, Argimiso, Sisenando, Flora, Maria, Elias, Emilia, Jeremias, Rogelio y Servio-Deo.

Don Antonio de Pazos y Figueroa, Obispo de Córdoba y Presidente de Castilla, labró la capilla de Santa Lucia, adornándola con pinturas de los Santos mártires, y en ella se colocó una urna con los huesos; y el Arzobispo de Santiago D. Juan de San Clemente y Torquemada, natural de Córdoba, dió una gruesa limosna para la construccion de la verja. Despues se hizo otra urna, sin duda mas decente que la primera, la cual era de cedro con chapas de plata, y finalmente se costeó la que ahora existe, que es de plata de muy buena forma, y tiene esta inscripcion:

«Siendo pontífice N. Smo. P. Pio VI, Rey de España Carlos IV, arzobispo y obispo de Córdoba el Exemo. é Illmo. Sr. Don Antonio Caballero, rector de esta parroquia el Doctor Don Juan Tello y Castillejo, hermano mayor Don Alfonso Mellado: se hizo este tercer relicario con las limosnas de los devotos cordobeses, fabricado por Don Cristoval Sanchez y Soto, artífice de platería, natural de esta ciudad, y se concluyó para el 26 de noviembre de 1790 en que se celebraba la invencion de las sagradas reliquias.»

Esta urna tuvo de coste 62,113 rs. y 8 maravedises, y se colocó en la capilla nueva labrada en 1757, el 4 de Mayo de 1791.

Los enterramientos mas notables que se ven en esta iglesia son, el del V. P. José Capilla, Rector que fue de ella, el que tiene una lápida cerca de la pila del agua bendita del lado de la epistola; el de D. Bartolomé Sanchez de Feria, médico y escritor laborioso y pio, digno de un epitafio mejor concebido que el que tiene, y dice así:

*D. Bartolomeus Sanchez de Feria et Morales
qui sapientibus et incipientibus satis notus
soli erat ignotus sibi:
qui ad dei gloriam, patriæ, sanctorumque ejus
plurimum insudavit:
qui justa sacra ipsorum ossa
sua sepediri mandavit
ad resurrectionem usque permanere flagitans:
qui demum inter alta eruditum opus
composuit inscriptum
Palestra sacra.
Cordubensium memoriale Sanctorum,
hic jacet clamitans pro suffragio,
Patrem ac magistrum honorantes
grati apposuerunt filii
mortuo kalendis decembris an. dom. MDCCLXXXIII.*

Al lado de la epistola, por bajo de las gradas del

presbiterio, se halla otra sepultura, cubierta con una hermosa lápida de jaspe azul en que se lee el siguiente epitafio:

A ♀ Ω

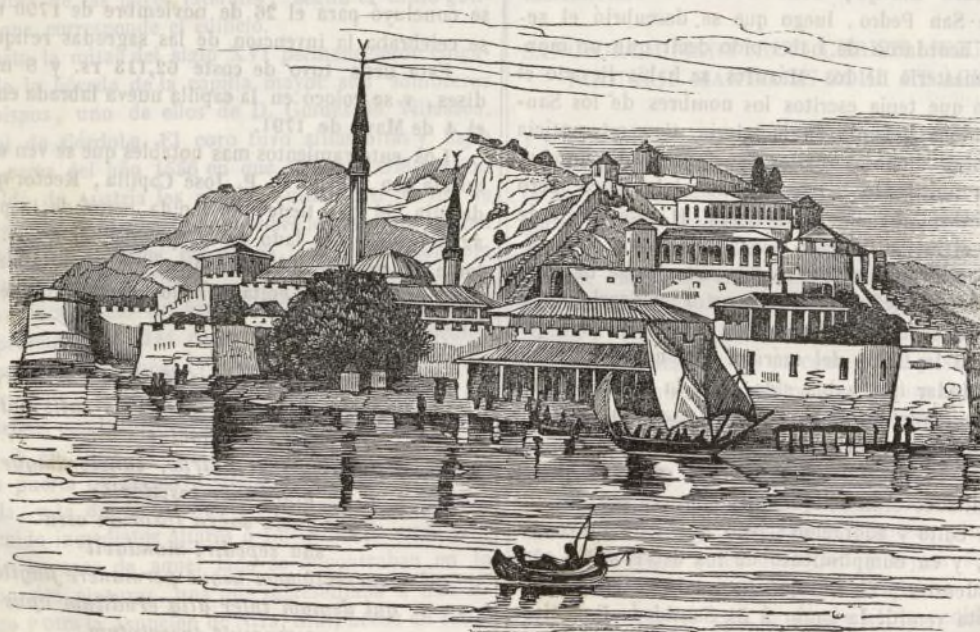
*Francisco. Salesio. Ramirez. et Gamiz.
Lud. filio. presbytero. Cordubensi.
animi. candore morum. integritate.
patriæque. libertatis. amore. conspicuo.
ab. Imperatoris Gallorum. Ducibus
ut totam Hispaniam
in tiranni. potestatem. redigerent
ferro. igni. cædibus. immané. vastantibus
cunctisque. viribus. omnimodi. prementibus
hujus. urbis. foro
non. sine. magno. civium. universorum. dolore
validaque. omnibus. trepidatione. incussa
injuriosa. ac. inconsulta. morte. precipitantes. multato
die XV mensis. septembris. anni MDCCCX.
suz. autem. ætatis. quinquagesimo. nondum. expleto*

*Ludovicus. Maria. Ramirez. et las Casas-Deza
Patruo. carissimo
ne. obscurus. legeretur. humo.
hoc monumentum. dicari. curavit
anno. MDCCCXXX.*

El cronista Ambrosio de Morales, citando un códice antiguo de la iglesia de Santiago, dice que el Conde Garci Fernandez, que fue preso y alanceado por los moros, en la era 1033 á los 25 de diciembre, entre Alcocér y Langa en la rivera del Duero, y murió al quinto día, fue traído a sepultar á esta iglesia, y de aquí llevado despues á San Pedro de Cardena; mas este Conde, aunque se le nombra de una manera tan absoluta, no puede ser de Castilla, porque el último de este estado, D. Garcia Sanchez, no murió entre Alcocér y Langa, ni en 1033, sino en 1026 asesinado por los Velas en la corte de Leon, adonde habia ido á contraer esponsales con Doña Sancha, hija del Rey D. Alonso.

LUIS MARIA RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.

VIAJES.-GRECIA.



Sierra 9.º

Modon en Messenia.

La ciudad de Modon, llamada por los antiguos Pegaso, y mas adelante Methona, está defendida por un castillo construido en una lengua de tierra que se avanza en el mar, y se halla separada del continente por un puente de madera sostenido por pilares de piedra. En su puerto, llamado Mandraki, solo pueden

entrar buques de 50 toneladas, y el mar que se precipita á él con impetuosidad por un paso abierto entre la isla de Sapiencia y un baluarte construido á la entrada de la bahia, lo hace muy peligroso.

Modon está habitada por 1600 Turcos, y en el arrabal de Varochi hay una poblacion griega, que uni-

da á la del canton, forman un número de 8185 individuos, repartidos entre 12 aldeas. Las avenidas de la plaza las forman sepulcros, y montañas cenicientas los límites de su horizonte. Al pie de dicha colina es donde se encuentran los restos de una ciudad, de un acropolis, y pedazos de mármol que parecen ser los escombros de la antigua Methona.

Modon dista de Navarino dos leguas y media por mar, y dos por tierra.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

EL MARQUES DE LA ENSENADA. (1)

La posicion de Ensenada se hizo entonces cada vez mas crítica. Hallábase frente á frente con el no menos célebre Ministro de Estado D. José Carvajal y Lancáster, descendiente de Inglaterra, como lo indica su segundo apellido, y algun tanto afecto á los intereses de aquella nacion, pero español de corazón y de un carácter independiente, y decidido á sostener la neutralidad á todo trance, conforme en todo con la política del Monarca. Ensenada por el contrario mas adicto á la escuela de Patiño, parecia siempre propenso á la alianza con la Francia; resultando de estas diversas opiniones de los ministros cierto contrapeso que sirvió admirablemente para el sistema de neutralidad que se trataba de seguir. Desgraciadamente para España era entonces Embajador de Inglaterra en nuestra Corte el funestamente célebre Benjamin Keene, cuyas intrigas y arteros manejos tuvieron en una continua agitacion y como sitiado al Gobierno, sin que á pesar de eso lograra aquel diplomático adelantar nada, estrellándose sus astutos manejos en la prohibición é ilustración de entrambos ministros. Entre tanto la Embajada Francesa trataba de anudar nuevamente su antigua alianza con España, para poder luchar ventajosamente con Inglaterra en la pelea que pronto iba á tener lugar entre ambas naciones. Las ofertas y amenazas del Embajador Durán no tuvieron mejor resultado que las de Keene, á pesar del favor secreto que Ensenada prestaba por su parte al representante de Francia. Dijose entonces, que de resultas de estas intrigas habia sido separado de la embajada de Londres D. Ricardo Wall, celebre diplomático y aguerrido militar, y que habiendo este logrado sincerar su conducta, y sabiéndose que Ensenada habia cooperado á su caída, se le quitó el cargo de nombrar representantes en las Cortes estrangeras, segun que hasta entonces lo habia ejecutado.

Poco despues tuvo lugar uno de aquellos cambios de fortuna que burlan á veces á los mas entendidos diplomáticos. La muerte de Carvajal, que dejaba á Ensenada sin oposicion en el gobierno, vino á ser la causa de su ruina. Coligados contra él los Embajado-

res de Inglaterra y Austria con el Duque de Huescar, Mayordomo mayor de palacio, su constante enemigo, y el Conde de Valparaíso, Caballero de la Reina, de carácter tímido, pero activo y práctico en las intrigas de palacio. Ensenada contaba por su parte con el apoyo de la Reina, con el del Confesor del Rey el P. Rábago, y el del P. Lopez, ambos Jesuitas. Dirigieron los conjurados primeramente sus miras á convencer á la Reina, y despues de largos debates lograron persuadirla de que no convenia se adjudicase el ministerio de Estado á Ensenada, obteniendo su permiso para trabajar en este sentido. Ayudóles á esto Somodevilla con su apatia, pues, ó bien porque recayese la cartera en su Secretario y favorito D. Agustín Ordeñana (como entonces se dijo), ó porque rehusase cargar con tanto peso, negóse á las invitaciones que se le hicieron para despachar tambien aquel ministerio, y dió motivo á que le ocupase D. Ricardo Wall su enemigo. Reforzados entonces sus émulo con tan poderoso apoyo, dirigieron sus tiros cada vez mas enconados para derribarle de su asiento. Suministró Keene documentos (de autenticidad muy problemática) para probar que habia tratado de favorecer á la Francia en perjuicio de la Inglaterra, faltando al sistema de neutralidad, facilitando caudales, avisos y recursos á los marinos y comerciantes de aquella nacion, y dando instrucciones á los oficiales españoles para hostilizar los establecimientos ingleses. Hacian poca mella estos argumentos contra la bien sostenida reputación de Ensenada, por cuya razon hubieron sus enemigos de echar mano de otras armas, que aunque de mas baja ley, suelen obrar mas en tales casos. Acusaronle de sostener relaciones con la corte de Nápoles, en la que reinaba el Infante Don Carlos, presunto sucesor á la corona de España, que obtuvo pocos años despues, y con la Reina viuda, madre del Infante, que residia en la Granja, y de la cual tenia el Rey justos motivos para estar resentido. Despues de algunas intrigas perfectamente manejadas, y bien preparado el campo, decidieron vencer al Rey, como lo consiguieron en la noche del domingo 21 de Julio de 1754 con el mayor secreto.

Bien ageno Ensenada de la tormenta que le amenazaba en aquel momento, se entregaba al reposo, cuando de repente vió su casa invadida por un Alcalde de corte y fuerza armada, secuestrados sus efectos y papeles, y él mismo arrancado de su lecho; oyó la notificación de salir aquella misma noche para Granada, como lo verificó. Aterróse la Corte al oír tal nueva; temieron sus hechuras perder sus destinos, como sucedió, repartiéndose los despojos sus émulo, y obteniendo entre ellos el ministerio de Hacienda Valparaíso (D. Francisco Gaona), y Arriaga el de Marina. No contentos con esto trataron de envolverle en una causa criminal por malversacion, y principiaron con este objeto á formar unos cargos tan exagerados, que el Rey, conociendo la mala fe con que procedian, mandó suspenderlos. Poco despues, por influjo del P. Rábago (segun otros, del músico Farinelli) obtuvo una pension de 10,000 escudos para mantener el

(1) Véase el número anterior.

rango de caballero del Toison, según decía la orden; señal evidente de la poca impresión que habían hecho las exageradas calumnias con que se había querido mancillar su honor y reputación.

A pesar de ellas su fama será eterna y grata á los Españoles, al paso que los nombres de sus contrarios yacen entregados al olvido. La época del gobierno de Ensenada se ha citado siempre como una de las pocas de buena administración en nuestra patria. Sería demasiado prolijo enumerar la multitud de beneficios de que le es deudora la Nación, algunos de los cuales pueden verse en la representación que dirigió al Rey con fecha 1751, proponiendo medios para el adelantamiento de la Monarquía y buen gobierno de ella; representación que debiera estar escrita en letras de oro, y saberse de memoria por todos los ministros. En el día, á vista del desbarate de nuestra Hacienda, no puede menos de leerse con interés aquella curiosa relación. (1) «El aumento anual de 5.117,020 »escudos de vellón (dice en uno de los párrafos) que »se ha dado al Real Erario en las rentas existentes, es »efecto de la buena administración, por la fortuna »de haber encontrado personas de integridad, celo é »inteligencia que la manejen.....»

«Es la Hacienda un golfo en que han naufragado »los mas célebres ministros, porque por mas hábiles »que hayan sido, ninguno ha descubierto el secreto »de pagar cuatro con tres, y el que se ha dejado »lisongear de esta vanidad, aun no ha hecho con cuatro lo que otro con tres.....»
«Yo vine del ejército al ministerio de ella sin entender una palabra de lo que era, y en ocho años cumplidos que ha que estoy á su cabeza, solamente he podido saber que es infinitamente mas lo que ignoro »de esta materia, que lo que he aprendido.....»

En el mismo manifiesto desenvuelve con claridad el estado del Ejército y Marina, comparativamente con el de otras naciones, y los modos de sostener aquel y fomentar esta sin gravar á la Nación notablemente. Aquel mismo año se construyeron en España veinte navios de guerra... Dos años después daba parte Keene á Londres de la caída de Ensenada, y añadía con orgullo en su carta: *«ya no se construirán mas navios en España.»* Estas palabras por sí solas formarían su elogio, aun cuando no supiéramos sus muchos y eminentes servicios.

Después de haber permanecido algun tiempo en Granada, obtuvo el ex-ministro permiso para pasar al puerto de Santa María, donde permaneció hasta el fallecimiento del Rey. Luego que subió al trono Carlos III alzó su destierro, mandándole en 13 de Mayo de 1760 volver á la Corte. Por algun tiempo llegó á lisongearse Ensenada con la idea de volver á ocupar el Ministerio de Hacienda y Marina, lo cual le hacían creer el afecto que le profesaba el Monarca, la intimidad con el Duque de Losada su favorito, y el odio que

ya principiaba á manifestar el pueblo contra Esquilace. Los Españoles no podían menos de comparar la suave administración de Ensenada, el cual por medio de sabias economías que comprendían desde el Régio Alcázar hasta la mas humilde oficina, había conseguido aliviar los tributos y dejar á su salida un ahorro de cerca de cuarenta millones, con la tiranía de Esquilace, que no contento con agravar los impuestos, sin beneficio alguno ni utilidad para la nación, atentaba contra los usos del país que estaba esquilmando. Por esta razón, cuando cansado el pueblo de Madrid de su rapacidad y ridículos empeños, se amotinó contra él, algunos imprudentes se propasaron á mezclar los vivos al Marqués de la Ensenada con los demas gritos que proferían en medio del tumulto. Esto y su amistad con los Jesuitas, fueron suficiente motivo, para que el Conde de Aranda, en uno de sus arranques de *sargenton*, le mandase salir de la Corte desterrado para Medina del Campo. A pesar de eso continuó sus relaciones con la Corte por medio del Duque de Losada, por cuyo conducto solía consultarle el Rey algunos asuntos. De este modo continuó hasta el año 1781, en que falleció el día 2 de Diciembre, á la edad de setenta y nueve años, siete meses y siete dias. Mandó que le enterrasen en la parroquia de Santa María de aquella población, sin lujo ni aparato, y que sus honras se hiciesen como las de cualquier hidalgo pobre. En su testamento advertía que no dejaba bienes raíces, y que cuanto dejaba lo debía á la munificencia de los Monarcas á quienes había servido.

Después de su muerte mandó Carlos III que su título de la Ensenada, que le había dado durante las campañas de Italia, se considerase de Castilla para sus herederos y sucesores, sin lanzas ni medias anatas al primer sucesor, cuya gracia amplió aun mas Carlos III algunos años después. Además de este título y los honores y empleos que dejamos ya consignados, tuvo Ensenada los honores de Capitan General de mar y tierra, el cargo de Secretario de la Reina, y las Encomiendas de Piedra-buena y de la Peña de Martos en la orden de Calatrava, el collar del Toison de oro, la banda de San Genaro, y la Gran Cruz de San Juan de Malta: dícese que el valor de estas condecoraciones pasaba de quinientos mil duros. Entre los papeles que se le ocuparon la noche de su caída del ministerio, se encontró una carta de D. Manuel Ventura Figueroa, auditor de Rota en Roma por la corona de Castilla, en la cual después de ponderarle el mucho aprecio que tanto el Papa Benedicto XIV como su nepote el Cardenal Valenti hacían de su talento y virtudes, le ofrecía á nombre de ambos el capelo de Cardenal. La carta tenía la fecha de 2 de Mayo de 1754. Ensenada á pesar de que presentía ya algun tanto su caída, no quiso valerse de este medio para hacerla mas suave, como en iguales circunstancias había practicado el Duque de Lerma, ministro de Felipe III: contestó desde Aranjuez á Figueroa con fecha 28 del mismo mes, que cortase de raíz aquella conversacion, recogiendo todos los documentos, que tuviera sobre aquel asunto. Léiáse en la carta estas notables pala-

(1) Puede verse en el tomo 12 del Semanario Erudito de Valladares, aunque mutilada en lo concerniente al Consejo de Castilla.

bras. «Yo no tengo vocación de Cardenal, ni ambición de dignidades, ni empleos; porque Dios por su infinita misericordia ha querido que de algunos pares de años á esta parte, conozca que este mundo es una pura vanidad opuesta á gozar en gracia el eterno, y su Divina Magestad me lo demuestra bien claramente en este caso, con la memoria que permite conservar de mi humilde nacimiento y de la monstruosa fortuna, que he hecho.»

Por estas palabras puede venirse en conocimiento de la religiosidad de Ensenada, que formó en todas épocas el fondo de su conducta. Contrastaba notablemente con su austeridad de principios la elegancia y estremado lujo de sus trages, que realzaba su excelente figura, dando que murmurar á cierta clase de gentes que hacen consistir cierto género de virtud en el desaliño. Refiérese á este propósito que habiéndose presentado á un besamanos magníficamente ataviado y con todas sus riquísimas condecoraciones, Fernando VI, cuya sencillez en el vestir rayaba en desaseo, le reconvinó diciéndole: «¡Zenon, Zenon, eso es demasiado lujo!» — «Señor, repuso el Ministro, por la librea del criado se conoce al amo.» Este esmero en el vestirse le conservó Ensenada hasta en la época de su desgracia. A la hermosura exterior de su persona y atavíos, correspondía la grandeza de su alma: era afable y bondadoso en su trato, amigo de corresponder á los favores recibidos, amante de las letras y de las bellas artes, reflexivo y meditador en los asuntos de su cargo, y sumamente metódico en su despacho, á lo cual debió el poder llevar por tantos años el gran cúmulo de negocios de sus cuatro ministerios y demas cargos, á pesar del escaso número de oficiales que contaban entonces las secretarías. Quejándose algún tiempo despues uno de sus sucesores de hallarse enfermo por efecto del mucho trabajo, le replicó el Rey diciéndole: — «Yo he despedido á un Ministro, que despachó conmigo muchos años los negocios de cuatro ministerios, sin haber tenido jamás un dolor de cabeza.»

¡Feliz seria España si la Providencia le deparase despues de tantos trabajos un ministro como Ensenada! Por nuestra parte no titubearemos en darle el primer lugar entre los hombres beneméritos que han regido los destinos de nuestra patria. En este concepto no podemos menos de desear que sus restos venerandos ocupen un lugar digno del hombre grande á que pertenecieron, y que el Panteon Nacional le albergue en su recinto. Por desgracia la política con su maldito vértigo absorbe aun todas las atenciones, y como única dueña de los honores, los reparte exclusivamente á las víctimas de su martirologio.

V. DE LA F.

NOTA En el número anterior se cometió la equivocación de llamar *Herizas* al pueblo de donde fué natural Ensenada, siendo así que debe decir *Hervías*.

NOVELA.

EL PRÍNCIPE POR UN DIA. (1)

II.

Al amanecer del día siguiente, el Príncipe y su esposa vestidos muy simplemente se confundieron á propósito entre la brillante y numerosa corte, que se trasladó al vasto salon colgado de seda y oro donde Willem estaba acostado.

El Mariscal de Borgoña, en traje de ceremonia, se acercó al suntuoso lecho, y tocando á Willem en el hombro:

—Monseñor, le dijo, ya es hora de que V. A. se levante.

Como no respondiese, un page le tomó una mano, y le tocó ligeramente en ella para despertarle.

Willem entreabrió los ojos, despues se los restregó como para disipar una vision repentina, en seguida los abrió del todo, miró al derredor suyo con un aire espantado; y persuadido sin duda de estar poseído de sueños agradables, se volvió del otro lado para dormirse de nuevo con la sonrisa en los labios.

Sacudiéndole de nuevo, se volvió á despertar, y de nuevo el Mariscal de Borgoña acercándose le dijo:

—Monseñor...

—¿Eh? respondió Willem agitado; V. ha dicho Monseñor. ¿Con quien habla V.? ¿Hay aquí algun príncipe?

Aun voivió á frotarse los ojos y á dirigir una mirada de confusion en torno suyo; y sorprendido de cuanto veía se dijo á sí mismo:

—Si esto es un sueño, á fé mia que es un sueño delicioso.

Y como se incorporase en la cama: — Monseñor, dijo muy gravemente el Mariscal, esta es la hora en que V. A. acostumbra levantarse.

—¡Monseñor! repitió Willem hablándose á sí mismo. ¡Monseñor! ¿dónde estoy?

Y sin esperar respuesta, se puso á tentar las ricas colgaduras de su cama, la magnífica colcha que la cubria, las delicadas sábanas en que estaba acostado, y la finísima camisa que tenia puesta. Quitóse el gorro de seda cuya elegancia le consternó, y admirado se olió las manos que le habian sido lavadas con aguas y jabones de un perfume delicioso.

—¿Dónde estoy? exclamó, ¿qué quiere decir todo esto?

El Mariscal de Borgoña, volviendo á la carga, exclamó:

—Sin duda debe estar agitado el ánimo de V. A. por algun sueño desagradable cuando no nos reconoce. Yo soy el Mariscal de Borgoña.

—Y yo, Monseñor, vuestro Canciller, dijo avanzándose otro.

(1) Véase el número anterior.

—Y yo, Monseñor, soy vuestro Coperó mayor.

—Y yo, soy vuestro Mayordomo, Monseñor.

—Y yo, vuestro Repostero mayor.

—Nosotros somos los pajes de V. A. prosiguieron varias voces atipladas.

—Yo, Monseñor, vuestro Gefe del guarda-ropa.

—Y yo el Intendente de vuestro palacio del Haya.

Todos estos sujetos iban desfilando ante el lecho de Willem á medida que respetuosamente le manifestaban sus respectivos empleos.

—Una bella camarista de la Princesa se presentó entonces, y acercándose le dijo: —¿Y á mí no me reconocéis, Monseñor? ¿no reconocéis en mí á la augusta esposa de V. A.?

—¡Ah! ¿V. es mi esposa? exclamó vivamente el Zapatero, saliendo por un súbito esfuerzo de su estado de estupefacción y asombro, y continuó: —Yo no sabia que estaba casado, mas ahora que veo á V. no me arrepiento.

Todos los circunstantes se miraron mostrándose complacidos de la galantería de Willem, pero este perdía la cabeza en medio de tan rápidas emociones, y no podía persuadirse de ser en realidad lo que los otros querían hacerle creer que era.

Por mas que les afirmaba que su nombre y oficio eran Willem el zapatero, no cesaban de responderle no dijese tal cosa porque con ello afligia á sus leales servidores; y le protestaron tan unánime y seriamente que él era Conde de Holanda, Duque de Borgoña, que el pobre jóven perdiendo sus ideas, pensó al fin que tal vez su antiguo oficio pudiera muy bien ser solo una quimera.

—En suma, exclamó, tanto monta ser Príncipe como Zapatero. ¿Cón que VV. estan seguros de que yo no me llamo Willem?

—¡Vaya, Monseñor trata de afligirnos! dijo la Camarista.

—¿Así VV. son de opinion de que yo no soy otro sino el muy glorioso y muy noble Felipe, Duque de Lothier y de Borgoña, Conde de Holanda y de Zelanda, de Flandes y de Hainault, Señor de Frisia? Bueno, dijo, bueno si en esto no hay sus puntas de brugería.

—Monseñor sabe muy bien quién es, sino que hoy quiere chancearse, dijo con una alegría respetuosa el Mariscal de Borgoña.

—Razon tiene V. en cuanto dice, replicó Willem con aire abatido. Yo pecador de mí sí que soy un bestia; pero el espíritu humano es muy débil, continuó diciendo: ciertamente deberé yo ser el Duque de Borgoña puesto que VV. lo dicen, pero ¿es posible que este palacio sea mio?

—Monseñor duda de ello?

—¿Y esta cama tambien? A fé mia que es excelente. Jamás he dormido mejor que en ella. Y esta dama tan jóven como bella, VV. afirman ser mi esposa? Mucho me place tan halagüena seguridad.

Los circunstantes contuvieron la risa, y la camarista que representaba el papel de Duquesa, dijo

entonces: —Retirémonos para que S. A. se vista. Las damas se salieron del aposento.

—¿Qué greguescos quiere ponerse hoy Monseñor? preguntó con reverente tono y acercándose el Gefe del guarda-ropa.

—¡Qué greguescos! parece que hay donde escoger. No lo hubiera yo creído. Dadme unos cualquiera con tal que no tengan agujeros.

—Monseñor está hoy de broma. Ninguno de los greguescos de V. A. está en estado de deterioro. ¿Quiere permitirme Monseñor le traiga los de terciopelo verde bordados de oro?

—Vengan enhorabuena, dijo el zapatero.

—¿Traeré tambien las botas de marroquí amarillo?

—«Como V. guste.»

—¿Y tambien la faja color morado y plata?

—Escelente.

—¿La toca negra con levadizos de púrpura?

—Como V. quiera.

—¿Y para ir á misa el manto de armiño?

—Me parece bien.

Cuatro pajes fueron trayendo las piezas enumeradas, de las que se disponian á revestir á Willem, cuando este les dijo: —¡Calla! está bueno! ¿qué creen VV. no tengo fuerzas para vestirme yo mismo?

—Bien, Monseñor; pero no es la costumbre de V. A., respondió el gefe del guarda-ropa.

Por mas que el improvisado Conde de Holanda se opuso á ello, tuvo que dejarse vestir por los pajes. Ya vestido, se acercó con sorpresa de todos á un espejo, donde se miró y ajustó el traje de un modo que anunciaba cierto buen gusto natural. Por fin pareció haber formado un ánimo resuelto, y empezó á pedir los objetos que necesitaba, si bien lo hacia con un tono de humilde benevolencia.

La comitiva le acompañó al comedor donde estaba servido un almuerzo delicado. Tanto se dejó seducir de los platos apetitosos y de los vasos de escogidos vinos que le presentaron, que se decidió á no retroceder ante las consecuencias que pudiera traer consigo el título de Conde de Holanda.

Después del desayuno, Willem manifestó deseos de salir en público; ignórase cual seria el objeto; pero le representaron no poder realizarse su intencion por ser hora de ir á misa, á la que asistió con mucho recogimiento y devocion; pues á pesar de sus faltas siempre habia conservado sentimientos de religion y piedad.

Concluida la misa, le condujeron con ceremonia al salon del trono, donde debia presidir el Tribunal de justicia y dar sus fallos.

(Se continuará).

